

NO, LOS ANTIGUOS LO SABIAN BIEN⁽¹⁾

NO, ANCIENT CIVILIZATIONS KNEW IT WELL

Fecha de recepción: 4/7/22 Fecha de aceptación: 15/10/22



FRANCO LA CECLA: Antropólogo y urbanista. Ha enseñado antropología cultural en las universidades de Verona, Palermo, Venecia y en la *École des Hautes Études de Paris*. Autor de *Déjame*, Siglo XXI de España Editores, 2006; *Machos*. Sin ánimo de ofender, Siglo XXI de España Editores, 2004; *Lo stretto indispensabile*. *Storie e geografie di un tratto di mare limitato*. Bruno Mondadori, 2004; *Jet-lag*. *Antropologia e altri disturbi da viaggio*. Bollati Boringhieri, 2002; *Latin lover*. *A sud della passione*. Charta, 1996; y de *Il punto G dell'uomo: desiderio al maschile*, Notte-tempo, 2011, entre otros, que origina este texto.

44

Resumen: La historia del punto G masculino es un invento extraño. En este artículo el autor reflexiona sobre la sexualidad masculina juzgada como culpable y patriarcal, sometida a un proceso de *despenización* (supresión del pene). Trazando contrastes con las civilizaciones antiguas que sabían que el deseo es impulsado por fuerzas profundas que no son comparables con nuestras intenciones. Tanto la moralización como la política del sexo nos han hecho incapaces de comprender que no podemos confinar el deseo a nuestras expectativas “democráticas” y racionales.

Palabras clave: Sexualidad masculina - Punto G-Deseo - *Despenización* - Moralización del sexo

Abstract: *The history of the male G-spot is a strange invention. In this article the author reflects on male sexuality judged as guilty and patriarchal, subjected to a “depenization” process (penis suppression). Drawing contrasts with ancient civilizations who knew that desire is driven by deep forces that are not comparable to our intentions. Both the moralizing and the politics of sex have made us incapable of understanding that we cannot confine desire to our “democratic” and rational expectations.*

Key words: *Masculine sexuality - G-spot, Desire - “depenization” - The moralization of sex*

¿Dónde se encuentra el punto G del hombre? Y sobre todo, ¿existe? Hace unos años ha sido anunciado el descubrimiento como uno de los más extraordinarios de los últimos siglos, una tierra incógnita, igual que una tierra boreal, o un pasaje noroeste. Están todos de acuerdo. Buena parte de la infelicidad humana y sobre todo de la infelicidad sexual que es la causa principal, era debido a la ignorancia de su existencia. Si la humanidad hubiera descubierto antes el punto G masculino no habrían sucedido varias guerras, carestías, privaciones y llantos. Sobre todo, el mundo femeni-

no saludaba con felicidad su llegada, en la exploración del punto G de nuevos adeptos.

También ellos habrán de experimentar el trabajo que se necesita para encontrarlo, fijarlo, mantenerlo, explicarlo a sus propios *partenaires*. Tal vez sería mejor llamarlo de modo diferente, siendo el punto G una cosa reservada a lo femenino, quizás el punto P, o cualquier otra letra. Ilustres sexólogos, profundos conocedores del alma humana verían en este acuerdo entre los sexos una evolución en las etapas de la especie. La cosa importante de los dos puntos G y P reside en que consen-



tían una sexualidad que fuese finalmente liberada de la penetración y encaminada a las aventuras de la exploración.

“*Find your G point*”. En negocios y sitios especializados, firmas serias proponían patentes de “*buscador*”, de “*cercatore*” del punto G. Una revista de moda española dedicada a la sexualidad dio un homenaje a un gadget que ayudaba a la búsqueda. En el negocio de San Francisco *Sweet Vibrations*, el más importante del mundo para dildos, vibradores, vibromasajeadores, aparecen instrumentos en aluminio anodizado de forma bastante bizarras. El buscador del punto G masculino era una especie de ganzúa con varias protuberancias, el folleto explicativo aseguraba tipos de orgasmos inexpresables e inconcebibles jamás probados.

Pero era del mundo homosexual y *queer* que llegaba la confirmación: ellos ya sabían que el único verdadero placer era aquel que deriva del descubrimiento del punto G masculino, y en una vitrina del barrio neoyorkino de Williamsbug, se lo mostraba en la tapa de un libro explicando que el problema estaba en la resistencia masculina al placer anal, pero que había pruebas históricas, antropológicas y científicas de que esto era el verdadero placer masculino. Un sitio *ectasy.org*, ayudaba en la cruzada. Wilhelm Reich finalmente era redescubierto, la fuerza orgásmica reprimida en la masculinidad liberaba horizontes de paz y concordia, quitaba a la masculinidad estúpida, la fastidiosa aura de “actividad” y coronaba el sueño profundo de la humanidad, el de poder gozar de manera pasiva.

En fin, esta historia del punto G masculino es una extraña invención. Parece la otra cara del descubrimiento del Viagra. Con aquel comparte la idea de la necesidad de ayuda metálica o química y sobre todo la idea de que el orgasmo es un hecho mecánico, un interruptor que se enciende o se apaga. El Viagra es definido como una solución a las disfunciones eréctiles y el punto G, conduce a la idea de que hay alguna cosa que no va en nuestra sexualidad, y es esta “alguna cosa” que puede ser resuelta gracias a aquellos que “saben más que nosotros”: médicos, sexólogos, revolucionarios *queer*. Hay una guerra sobre la sexualidad que se juega allá afuera. Siendo una parte tan importante de la vida es obvio que los sistemas comerciales, las corporaciones profesionales y los movimientos políticos y religiosos quieren tomar el control. Pero aún

más, con ello se juega una batalla interna a varios componentes de la sociedad. El mundo *queer*, que por motivos diversos ha sustituido al feminismo, se pone de manifiesto como una liberación que solamente a los *queer* sería accesible. La fascinación del punto G está en el hecho de consentir una bisexualidad y sobre todo una *despenización* de la sexualidad masculina.

En suma, hay una cuestión ideológica muy fuerte a la base del “descubrimiento del punto G”. Pero el centro de la cuestión, es que también que el punto G es una enésima reproducción de un “juicio” sobre la sexualidad masculina y sobre todo de su no adecuación. En fin, los hombres deben pedir excusas por su sexualidad porque es inmoral, prevaricante, invasiva -por definición, y sobre todo con fecha de caducidad. La sexualidad masculina ha estado culpabilizada por un juicio feminista, homosexual y *queer* que la ha juzgado como patriarcal, violenta e impulsiva, desagradable y no realmente placentera. Es por esto, que quizás ella ha quedado como la única actividad ligada ahora fuertemente a la idea de infracción, a la idea de que el deseo no sea moral, sino profundamente fuera de la moral. Más se insiste sobre el hecho de que los “machos” desean en modo equivocado, y más la sexualidad masculina aparece como algo que tiene el carácter destructivo y perturbador de la inmoralidad. El punto es que hemos olvidado que el deseo nos es una cosa “justa, moral, perfecta, curativa, equilibrada”.

No, los antiguos lo sabían bien. El deseo puede hacer mucho mal, tiene en si una fuerza que te arrastra y que en consecuencia no se puede enderezar, guiar hasta el final. En el mundo griego y latino se hablaba de una “terapia del deseo”, porque de eso es necesario cuidarse un poco, al deseo no hay necesidad de creerle hasta el final. Las razones del deseo son fuerzas profundas no asimilables a nuestras intenciones. El deseo te conduce, te arrastra con frecuencia a un abismo. Incluso en el mundo indio el deseo precede a la creación, Karma, es la fuerza originaria de la que proviene todo, es una fuerza frecuentemente destructiva. Para Hegel el deseo, la “*brahma*”, es por su naturaleza prevaricador, quiere al otro como objeto y goza cuando un sujeto se hace objeto voluntariamente. El deseo es quizás, un empuje, una onda, pero también una lucha, una guerra, un conflicto. Es como si nosotros lo hubiéramos olvidado. La



moralización y la política del sexo nos han hecho incapaces de comprender que no podemos sujetar el deseo a nuestras expectativas “democráticas” y racionales. Del deseo debemos sobre todo aprender a escuchar que cosa nos cuenta mientras intenta arrastrarnos. Como frecuentemente olvidamos, el deseo es “primero” que nosotros, y no somos nosotros con instrumentos, pastillas o manuales los que podemos crearlo. Si hay una cualidad de la sexualidad masculina, esta propiamente en el hecho de que es ciertamente egoísta en el sentido de querer objetivar al otro, a la otra, pero en el hacerlo, se pone en juego, arriesga el compromiso de la actividad, de la *performance*, si quieren, con todo el riesgo de la falla de ésta. El deseo masculino es una “iniciativa”, no una geografía erótica.

Si hay un lugar del punto G masculino es en esta geografía fuera de sí. Se podría decir que el punto G masculino es la mujer, que es en la búsqueda en el cuerpo de la mujer de alguna cosa que se fuga y que el hombre reencuentra, aquello que su pene indicaba irrumpiendo de manera confusa. Obviamente no está de moda sostener esto. No estamos en un periodo muy feliz para la imagen de la sexualidad masculina. Parece que aunque los potentes están interesados en demostrar su negatividad, una sexualidad que paga para poder ser satisfecha demuestra no tener ningún poder en sí, abdica frente a los “proveedores” de sexualidad que la gestionan como distribuidores de Coca-Cola. Es una sociedad de verdadera impotencia, donde esta no consiste en la disfunción eréctil, sino en la profunda convicción de que la sexualidad masculina no tiene nada que decir, que no sea en sí expresión de un deseo que el otro puede acoger, admirar, y desear a su vez. Las mujeres han logrado imponer la idea de que el deseo femenino es una cosa indiscutible incluso en sus manifestaciones más absurdas y destructivas. El mundo masculino ha perdido esta capacidad, se ha refugiado en una imagen negativa que lo ha aislado en sí mismo. Y también es cierto, que propiamente esta posición en la sombra ha mantenido una fuerza inmoral que puede todavía hacer hablar al deseo. La impertinencia, el descaro, el “piropo”, el “levanté”, el coraje de seducir y cortejar son parte de un patrimonio magnífico. Y es en homenaje a este patrimonio que he escrito este libro.

Traducción: Gabriela Rodríguez, Romina Merlo

Notas

⁽¹⁾ Texto Publicado en italiano en *Revista GQ*. Inédito en español, fue autorizado por el autor para su traducción y publicación en revista *Estrategias -Psicoanálisis para leer de otra manera-*.

La *Revista GQ*, llamada originalmente *Gentlemen's Quarterly*, es una revista estadounidense (con versiones en otros países) mensual para hombres que se enfoca en la moda, el estilo y la cultura masculina, con artículos sobre comida, cine, salud, sexo, música, viajes, deportes, tecnología y literatura. Considerada exclusiva y sofisticada, fue lanzada en 1957 primero como publicación trimestral de moda masculina en conjunto con la revista *Esquire*. En 1983 cambió su enfoque, introdujo artículos que iban más allá de la moda y se transformó en una revista para hombres. *GQ* ha sido asociada al concepto de “metrosexualidad”. El escritor Mark Simpson acuñó ese término en un artículo del diario británico *The Independent* que relataba su visita a una exhibición de *GQ* en Londres.

